

CONVERSA  
CIONES  
CON...

## Pepe Rodier, sacerdote en Getafe

### *Pasión por Dios y por el pueblo*

Víctor Manuel Marí Sáez. Universidad de Cádiz. Jerez.

Este artículo es el resultado de varios intercambios mantenidos entre Pepe Rodier y quien esto escribe, que han tenido lugar entre junio y noviembre de 2016. Lo que al principio comenzó como un cuestionario de entrevista ha tomado, finalmente, la forma de un relato en primera persona. Pensamos que de este modo se conserva mejor la frescura y la esencia de la conversación mantenida.

Haré una breve reseña del entrevistado, aunque las siguientes páginas son, sin duda, la mejor presentación posible, hechas en primera persona por el propio Pepe, con una gran sencillez y humildad. Por ello, en lo que él cuenta podrán verse identificados/as muchos de los lectores, porque en lo más personal e intransferible, paradójicamente, se encuentra también el acceso a lo más universal.

Valgan los tres siguientes apuntes como preámbulo a la entrevista a Pepe Rodier:

1. De él dicen, en la página web del Monasterio de Armenteira (<http://www.monasteriodearmenteira.es>), que es una persona que vive sumergida en el Evangelio, que comparte con las personas humildes de su barrio. En la calle está su evangelio, lugar en el que encuentra “perlas preciosas”, gente sencilla y creyente que, sin pretenderlo, comparten la alegría y la esperanza de seguir a Jesús. Pepe –siguen diciendo las religiosas de este monasterio– es un hombre de Dios, al que le encanta la música y caminar bajo las estrellas. Tiene alma de poeta.

2. Pepe pertenece a los Hijos de la Caridad, una congregación religiosa fundada por Emilio Anizan, en París, en el año 1918, para la evangelización de los barrios populares y pobres. Para quienes se mueven en el ámbito de la Pastoral Obrera, los Hijos de la Caridad son bien conocidos. En la actualidad están presentes en doce países pertenecientes a cuatro continentes. En España tienen presencia en dos comunidades del sur de Madrid: en Leganés y en Getafe. En esta última vive Pepe Rodier, en la comunidad que atiende la parroquia de San Rafael Arcángel, en el barrio de la Alhóndiga. (Para mayor información, se puede visitar la web <http://www.hijosdelacaridad.es/>).

3. En tiempos recientes ha tomado cuerpo la asociación de los *Amigos de Madeleine Delbrêl*. En primer lugar, la asociación cristalizó en Francia, en el propio París, animada por personas que compartieron vida directamente con Madeleine Delbrel o con sus seguidores y seguidoras contemporáneos a ella. Más tarde se han ido sumando un grupo de seguidores y simpatizantes. El grupo de Madrid surge en conexión con esta iniciativa francesa, animado por personas que de un modo u otro se han visto influenciados por esta mística, trabajadora social y poetisa francesa. El grupo en Francia tiene una página web en la que se pueden ver las diversas iniciativas puestas en marcha para difundir el mensaje y la obra de Madeleine Delbrêl (<http://www.madeleine-delbrel.net>). Por otro lado, el grupo español ha editado recientemente (2013) un interesante libro colectivo que recoge textos de diversos autores y autoras que, en el contexto español, han escrito sobre la mística francesa. Se titula “Deslumbrados por Dios y por su pueblo: Madeleine Delbrêl”. A este grupo pertenece Pepe Rodier. Para contactar con ellos se puede escribir al siguiente correo electrónico: [amigosdemadeleine@gmail.com](mailto:amigosdemadeleine@gmail.com)

## Introducción

No pretendo escribir unas memorias sino resaltar algunos acontecimientos y personas que orientaron mi vida. Llegado a los ochenta años creo que esta pequeña historia me puede y nos puede ayudar a situarnos en el contexto actual de nuestros países de Occidente y de nuestra Iglesia.

Algunos amigos se preguntan, a veces con pesimismo, sobre el futuro del cristianismo. A mí me gusta recalcar la esperanza que

nos mantiene en esta Iglesia con ilusión y agradecimiento. Desde que era joven, cuando vivía en un barrio antiguo de París, he sido testigo de la progresiva pérdida de credibilidad de un cierto cristianismo tradicional, que no había conocido aún el revulsivo del Concilio Vaticano II. A pesar de que tengo un temperamento propenso a un cierto pesimismo, algunas personas me ayudaron a descubrir no un cristianismo de tradiciones antiguas sino el cristianismo de la gran esperanza. La que se fundamenta en el Misterio Pascual: Jesucristo muerto y resucitado. La gran referencia, siempre actual, de los cuatro Evangelios. Pedro Casaldáliga decía un día que hay dos absolutos: Dios y el hambre en el mundo. En esta misma línea, un humilde sacerdote de barrio me dijo un día: "José, no te olvides nunca de Dios y de los pobres". Mi abuelo paterno me decía lo mismo: "No te olvides de los que lo pasan mal". De hecho, él tuvo una vida muy dura, con muchos cambios de oficio. Yo le visitaba en su pequeño piso del bajo Montmartre. A veces me decía: "¡No te fíes de los curas"! ¿Qué habría detrás de esta queja? No lo supe jamás.

### *Mi ciudad natal, París*

Vayamos, pues, a relatar algunos de los hechos que han conformado mi vida. Algo que, con discreción, mucha humildad, incluso con cierto temblor, podría ser una pequeña biografía espiritual. Nací en el año 1935 en el barrio parisino de Montmartre. Mi adolescencia y juventud las viví en el centro de París, cerca del famoso mercado central que Zola llamaba "el vientre de París". La estación de metro se llama "Les Halles", en referencia al conjunto de bloques de gran belleza artística donde se encontraban los productos esenciales de la alimentación de los parisinos: las verduras y hortalizas, los quesos, el pescado, la carne, etc. Una superficie inmensa que desapareció en los años setenta para dar lugar al famoso Museo Pompidou y a unos grandes almacenes subterráneos.

La preparación de las mercancías de los puestos se llevaba a cabo por la noche, oficialmente desde las tres a de la madrugada hasta las diez de la mañana. Ese mercado movilizaba a un número impresionante de vendedores, clientes y empleados. Un mundo muy cosmopolita y variado. Mis padres trabajaban de noche allí, en el mercado. Los días de vacaciones escolares me gustaba acompañarles en estas horas nocturnas. Era un encuentro con todo un mundo lleno de sorpresas, de trabajo muy duro, de un mundo muy variopinto donde se mezclaban ricos y pobres, clientes y vendedores. En las

calles cercanas había un montón de tabernas, bares, restaurantes, casas de juego y de prostitución, con sus luces y letreros luminosos. Todo este mundo y este ambiente era algo que me fascinaba.

En una calle muy cercana se situaba una de las iglesias antiguas del barrio. Una iglesia de estilo gótico, con vidrieras de gran belleza. Esta comunidad cristiana estaba compuesta por personas mayores y por un grupo de unos treinta jóvenes y adolescentes que se reunían cada jueves con actividades diversas (deporte, película, salidas y tiempo de formación cristiana). La comunidad la animaban dos sacerdotes humildes que dedicaban su tiempo a visitar a los ancianos y enfermos. De verdad yo los admiraba. Tuve un momento de misticismo y soñaba de una vida cristiana en medio de estos barrios populares.

Por aquella época yo quise participar en la coral de la Catedral de París. De hecho, llegué a entrar en el coro de la catedral y tuve el honor y la suerte de celebrar en ella la Liberación de París en agosto de 1944. Los cantos, la belleza de la catedral, su órgano, sus campanas, todo me seducía y me llenaba de mucho gozo. En aquellos días yo vivía en medio de dos seducciones: la de la calle y la de la catedral. Pero algunos meses después descubrí la otra vertiente de esta Iglesia, la parte sombría. Salí de ella muy decepcionado y durante muchos años no me acerqué a esta catedral. Me escandalizó el ambiente frívolo y mundano de este medio clerical alrededor de la coral y la escuela de música.

### ***Tres encuentros decisivos: Madeleine Delbrêl, el padre Anizan y Olivier Clement***

En ese contexto transcurría mi vida cuando en el año 1952 viví de manera inesperada unos encuentros que serían decisivos para mi vida. Tres acontecimientos que no puedo olvidar y que aún hoy me sirven de orientación.

Una amiga de mi hermana, que vivía cerca de la puerta de Ivry (París) me habló de una mujer excepcional que se llamaba Madeleine Delbrêl. Con ello tomo conciencia de que cerca de París existía una iglesia pobre y de los pobres. Fui a Ivry, junto con un amigo trabajador de la fábrica Panhard. Él era militante sindical y me habló de esta mujer. Recuerdo aún algunas cenas con él en un pequeño restaurante situado cerca de la Puerta de Ivry. Entre otras muchas cosas, él me hablaba de "las señoritas de rue Raspail".

En aquella época Ivry era la capital francesa del comunismo. Recuerdo aún la bandera rusa que ondeaba junto con la bandera

francesa en el balcón del Ayuntamiento. En ese contexto vivía la pequeña comunidad de Madeleine cerca de la iglesia San Pedro y San Pablo, en la rue Raspail. El encuentro que tuve con Madeleine duró unos pocos minutos, pero fue suficiente para intuir que algo grande se vivía allí. Por aquél entonces yo todavía era joven, y con humildad y temblor me acercaba a estos lugares donde iba naciendo la Misión Obrera.

En las mismas fechas una mujer muy conocida de mi padre, llamada Emiliana, que se ganaba la vida llevando un carro para vender hortalizas, melones y frutas del tiempo (en la rue St. Antoine) me habla de un cura que ella llamaba "su abuelo", un hombre pobre y muy bondadoso. De hecho, ella había conocido la gran pobreza, incluso la prostitución, y este cura había sido una bendición para ella y su familia. Se trataba del padre Anizan, el cura de Charonne, fundador de los Hijos de la Caridad.

Ella y su madre me regalaron un libro que era la vida de este sacerdote. Las visité en el popular barrio de Charonne y me hablaron largamente de este religioso que tan profundamente las había marcado. Yo no conocía a los Hijos de la Caridad, pero este encuentro me dejó a la vez sorprendido y agradecido. El barrio de Charonne no estaba muy lejos del barrio donde yo vivía. Creo que pasaron unos años antes de que hablase de este encuentro con alguien... Me puse a leer este libro con un cierto temblor. Hablaba de Dios y de su pueblo. Iba a ser mi texto de cabecera. Este libro me hizo pensar y de hecho contribuyó en mi decisión de entrar en el seminario y más tarde en el noviciado de los Hijos de la Caridad.

En el año 1952, con la edad de diecisiete años, yo era alumno del Liceo Charlemagne, situado en la calle St Antoine. En ese curso, durante unos meses, tuvimos como profesor de historia a un tal Olivier Clement. Nos enseñaba la historia del siglo XIX. Supimos, después, que el mismo 1 de noviembre de 1952 Olivier recibió el bautismo en la Iglesia ortodoxa rusa en la rue Daru. Sus clases eran apasionantes. Pero fuera del Liceo, para respetar la laicidad, nos hablaba de sus convicciones religiosas. Una de sus referencias era Dostoievski. Él nos daba unas pinceladas, algún comentario breve pero suficiente para responder a nuestras preguntas. Para él Dostoievski era el gran profeta del mundo moderno. Yo no entendía todo lo que nos decía, pero intuía que era algo importante. Por aquél entonces no me podía imaginar que, veinte años después, iba a reencontrarle en el Instituto Católico de París y más tarde en los cursos de l'École Notre Dame de París. Los libros y las enseñanzas de Olivier Clement me acompañan hasta el día de hoy.

Después de vivir estos encuentros me reconcilié con la Iglesia y decidí entrar en el seminario de París. Una decisión un poco rápida. No sabía si iba a aguantar esta nueva vida. El paso del barrio al seminario -aún muy cerrado en aquella época- no lo hice sin dolor, pero el ambiente de la Iglesia francesa en aquellos años me empujó a seguir y luego a descubrir a los Hijos de la Caridad.

Emiliana, Madeleine Delbrêl, Olivier Clement, los primeros Hijos de la Caridad que conocí... todos ellos me convencieron. Una iglesia pobre había nacido en las afueras de París. Eran los años anteriores al Concilio Vaticano II. Un fuerte espíritu misionero nos empujaba a seguir con ilusión. "Había que reconquistar a la clase obrera" decían algunos, y de una manera más modesta estar cerca de los pobres. Emiliana me recordaba la gran pobreza de los barrios parisinos populares. Frente a esta pobreza, las parroquias tradicionales no daban ninguna respuesta, o bien poca. Al leer las cartas del padre Anizan, especialmente desde Charonne, encontraba una puerta abierta para entrar en lo esencial del cristianismo. Una llamada que él mismo resumía en dos palabras: "Pasión por Dios y por el pueblo". Después de tres años en el Seminario de París, entré en el noviciado de los Hijos de La Caridad, a finales del año 1957.

### ***La figura de Olivier Clement y sus aportaciones hoy***

Como he apuntado anteriormente, a Olivier Clement lo descubrí a través de su enseñanza y a partir de la lectura de sus numerosos libros. Como profesor era un hombre excepcional. Nos ayudaba a comprender la situación que vivíamos en aquellas fechas, pero siempre con una proyección hacia el futuro. Si tuviera que resumir su aportación en dos frases, yo diría que nos ayudó a superar la tentación comunista (era mi "tentación" y la de muchos de mi generación). Olivier Clement nos hablaba del socialismo con un infinito respeto, pero era muy pesimista referente al socialismo "real" de los países comunistas. Una segunda aportación suya, de gran actualidad, es la convicción de que toda revolución social se acompaña de una revolución espiritual. Solo de este modo la revolución superará el peligro de agotarse y tendrá futuro.

Por otro lado, pienso en las aportaciones de Clement en el diálogo con los musulmanes, algo tan actual. Volví a leer unas páginas del libro que escribió en 1989 junto con un historiador musulmán de nacionalidad tunecina, Mohamed Talbi. El texto se llama "Un respect têtù" (Editorial Nouvelle Cité, se podría traducir al castellano como "Un respeto obstinado"). Ese libro presenta con mucha seriedad las

diferencias y convergencias de dos tradiciones religiosas sin caer en el sincretismo ni en la intransigencia estéril. Mohamed Talbi no esconde las dificultades del diálogo. No se puede simplificar la reflexión sobre este tema con la única afirmación de que tenemos un mismo Padre (Abraham). Mohamed Talbi subraya la gran divergencia entre la Iglesia Católica y la comunidad musulmana (UMMAH). En este sentido, se expresa así el autor: [tanto la Iglesia Católica como la comunidad musulmana] "son dos invitaciones opuestas con carácter universal. Las dos, en nombre de la Verdad, se afirman como vía exclusiva y única de salvación". (libro citado, páginas 75, 94 y 95).

En sus conclusiones, Clément sitúa el problema de la convivencia entre estas dos culturas distintas. Para que haya un diálogo auténtico, Olivier plantea esta gran cuestión: ¿es posible convivir juntos si nuestra sociedad occidental no abre una ventana a la transcendencia? ¿No parece que un laicismo irreductible, puro y duro, dificulta la convivencia? Las comunidades musulmanas que viven en países occidentales tantean, incluso titubean, entre una actitud de repliegue o el aprendizaje difícil de vivir en una sociedad laica. Algo extraño para ellos. Además, Olivier Clément es bien consciente de que los musulmanes de nuestros países viven en barrios muy conflictivos, a veces son unos verdaderos guetos.

En 1989 Clément preveía las dificultades que la convivencia iba a encontrar, así como los peligros de un fundamentalismo violento. Hoy el número de musulmanes en Francia se ha doblado, hasta llegar a los cinco millones. Frente a la Modernidad, frente a la nueva sociedad global, la gran pregunta que nos hacemos es si somos capaces de ofrecer respuestas saludables a los problemas existenciales y angustiosos del hombre de hoy. Si no lo hacemos, abrimos la puerta a cualquier forma de fanatismo y de extremismo. Olivier Clément vivía en un barrio popular de París, en Ménilmontant, muy cerca de Belleville y Barbes, donde hay una gran presencia de musulmanes. No fue un teólogo que viviese fuera de la vida cotidiana. Es un hombre apasionado por los problemas de sociedad. Recuerdo conversaciones con él sobre la violencia y el misterio del mal. Un día, en el centro de París, cerca del ayuntamiento, compartimos nuestra perplejidad frente al fundamentalismo violento. Se quedaba pensativo al estilo de Fernando Urbina... luego afirmaba con más fuerza sus convicciones... Gracias, Olivier.

### ***Las aportaciones actuales de Madeleine Delbrêl***

Madeleine fue una mujer laica que no fundó ninguna institución religiosa. Antes de su conversión había conocido el ateísmo.

Tras el descubrimiento de la fe solo quiso vivir desde el Evangelio en medio de la muchedumbre. En el año 1957 publica un libro que tuvo una gran aceptación en el mundo eclesial: "Ville marxiste, terre de Mission", redactado entre 1933 y 1957. ¿Qué nos dice Madeleine en este libro? Algunas ideas fundamentales:

- "Una gran mayoría de gente que ella llama "silenciosa" vive sin religión y sin ideología militante".
- "Las iglesias parroquiales en los centros industriales como Ivry son poco conocidas. El 'párroco' es el 'representante oficial de la ideología cristiana'".
- "Muchos consideran al cristianismo como algo del pasado, como 'la incurable vejez del cristianismo'".
- Entre los dirigentes comunistas de Ivry existía un laicismo y un ateísmo militante. Muchos de ellos piensan que los cristianos son poco sensibles ante el dolor del mundo obrero y, según ellos, no proponen nada concreto para resolverlo.
- Según Madeleine, nuestro apostolado tiene que ser religioso. Dios es "compañero de nuestra vida". El creyente es una persona que "Dios posee", no es un héroe sino un hombre humilde que propone una alianza de salvación.
- "Ser uno de ellos, delegado de todos, creyente para todos, frente a Dios y para con Dios".
- Existen misioneros sin barco. Estas son las misiones en el espesor de lo real, en la profundidad, en lo más hondo de las masas populares.
- Nuestro mayor sufrimiento suele ser la desaparición de un Dios hasta ahora visible y evidente para nosotros. En este ambiente, da la impresión de que muchos viven muy bien sin Dios, y nada ni nadie parece echarle en falta.
- "El término Dios es intraducible en nuestros ambientes", dice Madeleine. "Para evangelizar es preciso aclararlo, acercarlo, hacerlo presente. Jesús no nos ha encomendado la obligación de convertir y de dar la fe a las personas: eso es un trabajo que Él se reserva. Tampoco se nos pide que nosotros seamos ejemplos admirables de su doctrina. El único testimonio que se exige de nuestra vida es que nos amemos entre nosotros. Sin ese amor los hombres no pueden reconocer que venimos de parte de Jesús para comunicarles lo que Él nos ha dicho"

### ***Getafe, la llegada de la democracia y el grupo de Madeleine Delbrêl en Madrid***

Llevo muchos años en Madrid. Al llegar a España, al final del año 1964, tuve la impresión de dar un salto muy grande a otro

mundo. Había vivido mis primeros años de sacerdocio en un barrio popular de las afueras de París, en Clichy. En aquellos años era un municipio obrero con una municipalidad socialista. Una comunidad cristiana todavía bastante tradicional. Yo era responsable de un barrio obrero que de hecho tenía muy poca relación con la parroquia. Eran los años que precedieron el Concilio Vaticano II. Había una fuerte presencia de inmigrantes de África y Argelia, casi todos musulmanes. Pateando ese barrio y trabajando a media jornada en un mercado yo veía la gran separación que había entre el mundo cristiano y el conjunto de la población. El libro "Francia, país de Misión" había sido escrito en parte desde este barrio. La laicidad y la descristianización eran patentes. No había desaparecido el sentimiento religioso, pero la iglesia parroquial parecía muy lejana y desconocida para la mayoría. Los sacerdotes compañeros de la parroquia eran muy conscientes de la situación.

Al llegar a Madrid, al barrio de Vallecas, me encontré con una iglesia cercana y una población obrera que vibraba todavía con el mensaje de Jesús. Un mundo rural que vivía todavía al ritmo de las fiestas religiosas. Eso me parecía. Tenía la impresión de que la secularización no había llegado a Vallecas. Olvidé durante años lo vivido anteriormente y me puse a la escucha de este pueblo. La misma Madeleine Delbrêl, desde Ivry, donde tenía amistades españolas, reconocía que no había sabido valorar la religiosidad del pueblo español. Durante unos años puse entre paréntesis mis referencias de Francia. Cuando Juan Martín Velasco publicó sus primeros estudios sobre la secularización en España, yo no compartía del todo sus análisis.

Sin embargo, cuando pasé a vivir en Getafe, en el año 1975, empecé a darme cuenta del cambio que vivía el pueblo español con la llegada de la democracia, con las grandes manifestaciones obreras. Un mundo nuevo estaba naciendo. Lo viví en Getafe en los años de la transición. Luego me di cuenta de que España entraba en una nueva etapa de su historia, con una secularización acelerada. No soy sociólogo y no puedo explicar con exactitud lo que pasó. Como cura de barrio me di cuenta de que progresivamente nuestro pueblo, después de una cierta euforia en el estreno de la democracia, entró en una fase de desorientación. Con mis compañeros de Vallecas, de Getafe y Leganés, vivimos en los barrios el fenómeno de una cierta desilusión, la entrada de las drogas duras que dejaron consecuencias muy dramáticas en una generación de jóvenes, las distintas crisis económicas, la globalización de la industria, el cierre de muchas empresas, el paro obrero, el final del sueño comunista, la corrupción

en muchos sectores de la sociedad... todos estos factores crearon un cierto pesimismo ambiental.

La gente de la calle desconfía de las instituciones. Una nueva generación piensa que la cultura cristiana no aporta nada en la situación actual. Cada año solía ir a Francia para ver a la familia. Entre los contactos que privilegiaba había una visita a una compañera de Madeleine, en la rue Raspail, en Ivry. Me hacía pensar lo que decía Delbrêl en los años sesenta: "llegará un momento en que Dios pueda desaparecer del pensamiento de las nuevas generaciones".

Siendo Hijo de la Caridad volví a leer los escritos de nuestro fundador, el Padre Anizan. Desde la Francia del final del siglo XIX Anizan hablaba de la descristianización de las "masas populares". Tenía intuiciones proféticas. De hecho, en el momento actual predomina una grana indiferencia religiosa y, al mismo tiempo, el anhelo de una palabra gratuita de aliento, de esperanza y de escucha.

El estilo de vida de Madeleine Delbrêl me parece muy actual. Ella pronuncia en palabras de hoy lo que Anizan expresa en un lenguaje que puede parecer un poco envejecido. Pero de hecho las intuiciones son las mismas: la pasión por Dios y la pasión por el pueblo. Buscar la gloria de Dios al tiempo que se trabaja para rehabilitar la caridad. No se trata de buscar el poder ni el prestigio. Solamente una iglesia pobre, humilde, puede mover las conciencias.

Las épocas de grandes cambios han sido tiempos de grandes místicos, de profetas que han percibido a Dios de manera nueva. Hablando con Suzanne Perrin, compañera de Madeleine, me di cuenta de que el estilo de vida de M. Delbrêl podía responder a las expectativas de unos "buscadores de Dios" en nuestra iglesia de España.

En este periodo Felisa Elizondo y Antonio García Rubio, el P. Rambla S.J., Teresa Iribarnegaray, entre otros y otras, fueron publicando artículos y difundiendo en el contexto español el pensamiento y la obra de Madeleine Delbrêl. Más recientemente una religiosa del Sagrado Corazón, Mariola López, ha escrito su tesis doctoral a partir de la vida y de los escritos de Delbrêl. Ella lo explicita así: "mostrar el itinerario de Madeleine Delbrêl como propuesta de un camino iniciático plausible para nuestros contemporáneos. Una manera de estar en la vida, contemplativa y activamente, que resulte significativa y reveladora". Me gustaría terminar este artículo con unas palabras del Papa Francisco: "Para ser evangelizadores del alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior" (EG n° 268).